

Maestra vida

ALFAGUARA



Maestra vida

Pedro Novoa

ALFAGUARA



MAESTRA VIDA

© 2012, Pedro Félix Novoa Castillo

© De esta edición:

2012, Santillana S. A.

Av. Primavera 2160, Santiago de Surco, Lima, Perú

Teléfono 313 4000

Telefax 313 4001

Alfaguara es un sello editorial de Santillana S. A.

La obra ganadora *Maestra vida* de Pedro Félix Novoa Castillo, se publica gracias a la Asociación Cultural ARTEQUIPA y el GOBIERNO REGIONAL DE AREQUIPA, organizadores del Primer Premio Internacional de Novela Corta Mario Vargas Llosa.

ISBN: 978-612-309-068-5

Hecho el depósito legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2012-09978

Registro de Proyecto Editorial N° 31501401200605

Primera edición: Setiembre 2012

Tiraje: 2500 ejemplares

Diseño y diagramación de cubierta: Vladimir León

Impreso en el Perú - Printed in Peru

Metrocolor S. A.

Los Gorriones 350, Lima 9 - Perú

Todos los derechos reservados.

Esta publicación no puede ser reproducida,

ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por

un sistema de recuperación de información, en ninguna forma

ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico,

magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro,

sin el permiso previo por escrito de la editorial.

 PRISA EDICIONES

A mi hijo Mario Alonso Roland,
por convertir mi felicidad
en una extensión de su sonrisa.

En la vida no hay clases para principiantes;
enseguida exigen de uno lo más difícil.

Rainer María Rilke

APRENDES, APRENDIMOS, APRENDIÓ, MAESTRO; chueco, toscó, pero aprendió. Las clases en esta vida son así: recias, perras y cabronas. Sin atenuantes, sin concesión, sin tregua ni banderita blanca que valga, que detenga, que cubra la rabia y los proyectiles de locura que nos acribillan a diario la mente, su mente, nuestras cancheras y caninas mentes. Es que los tiempos son así de exigentes, de impetuosos, de agresivos. Ya no existen los eufemismos, los cabrismos, los chivatismos para nosotros. Usted nos enseñó a callarlos, a reventarles a patada limpia el hocico. Por eso los hemos allanado, cogoteado, pescuezado hasta quebrarles el cuello cual palitos de fósforo, para que no les salga ni siquiera un hilillo de voz a esos grandísimos. Es que nos hemos convertido en capos y duros de colección, aprendiendo siempre lo más rabioso y canino a las buenas o a las malas; haciendo las cosas en primera o a la guerra, pero madrugándolas siempre. Porque el que pestaña, no solo pierde aquí, varón, muere y mal. Le entra una bala por delante o por atrás, y no hay manera de retroceder el disparo, causita, de hacer que el proyectil sea cagado o vomitado. Je, je, ríe, reímos. Hay mucho adelanto tecnológico, descubrimientos, hazañas galácticas; pero de qué demonios sirven si no se ha podido inventar una jodida cosa que haga una jugada retrospectiva, un bisnes ventajoso

con el tiempo. Todavía no ha aparecido ese bendito artefacto que nos corrija la plana, que nos enmiende una miserable tarea mal hecha en esas torcidas coordenadas que es el destino del hombre. Y hasta que eso pase, la vida seguirá siendo la peor de las guerras, la más perra de la jauría, la más pendeja. Esa donde las hostilidades no han sido abiertamente declaradas, donde hay más dudas que certezas, trampas, huecos, alambradas; campos minados con más preguntas que respuestas, donde no hay bandera blanca confiable, y donde hasta tú puedes ser el peor, el más cabrón, el más hijo de puta de tus enemigos. Por eso y precisamente para eso, usted nos preparó, profe, nos fogueó, nos educó. Nos hizo sacar nuestra línea al toque y entendimos de arranque, supimos, en una cachetada de luz, que en esta maestra vida no había una, una sola puta clase para principiantes. Porque si queríamos seguir, vivitos y culeando, debíamos seguir aprendiendo a punta de golpes, como un caballo ciego que busca una salida a fuerza de embestir una pared, aprendiendo que la furia, la desesperación, y hasta la insania también son buenas maestras —quizá las mejores—; ya que si no se tenía la suficiente pericia para encontrar la puerta de escape, a veces también valía reventar un muro para poder huir. Porque eso es lo que se tenía que ser, causita, un pura sangre, un potro de carreras, un centauro aprendiendo con sus primeros golpes a correr, a saltar y a vivir en este mordisco o escupitajo de universo que habitamos por un tiempo y que es su ciudad, profe, nuestra ciudad: Lima, la ciudad del vértigo y la estridencia; la horrible, la tres veces coronada perra; la que en definitiva, no es apta para aprendices;

porque nunca dejará de ser la ciudad de los reyes, de los príncipes y de los grandes cancheros que con cetro o sin él, siguen reinando siempre. Donde el bisoño, el monse, el lento, el que no se pone las pilas y una corona a tiempo, no solamente sobra en este reino, causita, sino apesta. Así que pongamos la batería correcta y levantémonos en turbo, porque como usted alguna vez nos enseñó: Aquí, en esta ciudadela maestra, antes de aprender a caminar y correr, se vuela, papá, se vuela.

LIMA SUEÑA, PROFE ORLANDO, se retuerce, lucha. Ha caído de panza encima de una madrugada líquida que pretende hundirla, tragarla, vencerla; pero la ciudad combate por permanecer a flote, maestro, se revuelca, chapotea, ingrávida, encima de sus ojos y de los nuestros. Está aprendiendo a despertar, a desarroparse de esa camisa de fuerza que le cruza y ata, con furia, los sueños por la espalda. Lima aún sueña, profe Orlando, sus alumnos, usted también. Es de madrugada, la bruma, el sopor infinito. No se puede saber quién sueña a quien, resoplan, suspiran, roncan. No tienen idea de quién demonios tiene los ojos realmente cerrados del otro lado de la irrealidad; son espejos reflejándose a sí mismos, repitiéndose, reinventándose mil veces como el catobleplás inagotable que crece devorándose la cola. Lima aún se agita en torno a su eje, a sus ansias secretas; se contonea, obsesa, eléctrica, perra. Tú lo sueñas, Zeta, lo ves al profe detrás de una bruma oscura y densa que, poco a poco, se va chorreando como maquillaje de hembra que llora. Tu cuerpo rollizo está encorvado, en posición fetal, eres

una morsa negra que se encorva y constriñe en sí misma. Estás con el profe en medio de una actuación de fin de año; llevas un diploma en ambas manos que lo elevas y muestras con orgullo. Estás feliz, hermosa, perfecta. Tienes 13 años; el profe, unos 25, casi la mitad de los que ahora tiene. No dejas de sonreírle, colocas el diploma al costado para abrazarlo muy fuerte, lo aprietas, lo quiero mucho, profe, gracias a usted tenía ese reconocimiento y esa sonrisa, aseguras. Gracias, maestro, gracias y no dejas de besarle las mejillas. Y de golpe, el amanecer de barriada brava, y tu sudor: porque tú también lo sueñas, Cholito. Lo alucinas en una conversa seria, brava, pajita pulenta. Le estás contando tus cosas, que te estás preparando para ingresar a la universidad y que hoy, te habías levantado una hembra bien rica, saliendo de tu trabajo. El profe te sonrío en el sueño, no te creía, vamos, fanfarrón, no te botes con este viejo maestro de escuela... Y tú: a la firme, profe, no le estoy metiendo letra, me levanté a una hembrita, en realidad un hembrón, porque medio rechonchita me terminó resultando la comadre; pero igual, la tía estuvo a la altura en el *ring* de las cuatro perillas. Me resultó toda una campeona; que hasta un par de conejos de la pieza me sacó, la bandida... Y el profe riéndose, dejándote ser a tus anchas y cómo así, Cholito, cómo te levantaste a esa fajadora de peso pesado, je, je, je, cuenta. Pucha, profe, estaba tranquilo en la cebichería y de pronto llega ella, la miro, la taso bien y aunque gordita, como le decía, la hembrita se manejaba unas buenas tetas y un tarrazo, profe. Y como usted bien sabe, en esta vida: culo grande manda, guía, orienta, te impone las coordenadas a seguir. Así que

caballero nomás, ni bien me dio un sajiro, yo al toque le entré bien y derecho, puro floro, pero del rico, como usted mismo nos enseñó, del firme... El profesor sonríe, qué pendejo, lo quería franelear, especula, hacerle la patería; pero te deja ser, tenías estilo y clase, chibolo, llegarías lejos; sí, claro que sí. ¿Usted cree, profe, usted cree que realmente llegaré tan lejos? Y se levantan, se despierta, nos ponemos de pie. Lima tiene los ojos encendidos, profe, laberínticos, infernales. Dos escupitajos de fuego que miran, que incendian, que están en usted y en nosotros también para siempre.

HOY NO IRÁ AL COLE, PROFE, lo ha decidido. Está bajoneado, hoy por la mañana le ha pasado una de esas cosas que nos hacen sentir como si nos hubieran comido y vomitado. A las seis de la mañana usted se enteró que había aprobado el examen de nombramiento y una hora después, debido a un “error” del sistema, que esos resultados no habían sido tales. Que no tenía 16.8, sino 13.8. Que esa era su verdadera nota, que la otra había sido una ilusión, un sueño, una sombra, una ficción. Que toda alegría es sueño, y los putos sueños, sueños son. Que la realidad, tramposa putilla, sonámbula y mal soñadora, luego de lamerlo, saborearlo y engullirlo a medias, finalmente lo había expectorado con asco encima de esa ruma de profesores que no alcanzaron la nota mínima de 14 para seguir en carrera, y aspirar al sueño de una plaza de docente nombrado en el Perú. Esos miles de segismundos que, como usted, despertaron de golpe a mitad de su drama, en medio de sus viejas cadenas y malolientes harapos. Usted no irá hoy al colegio y que se vayan todos a la mismísima

mierda. Hoy saldrá de cacería urbana; diablo y puto recorrerá los vericuetos más sabrosos y bravos de las calles. Se tomará un merecido y tantas veces postergado descanso. Se gastará lo poco que pudo ahorrar durante quince años de servicio docente comprando ropa chévere, bacán y cerrará el día con una putilla; pero esta vez, firme. Ojalá no sonámbula y mal soñadora como su jodida suerte, maestro, su perro destino. Buscará una puta moneda, profe; sí, una de esas que por cien soles se les puede dar por delante y por detrás. Como dicen ellas mismas resumiendo la abnegación de su oficio: Servicio completo, amorcito, cara y sello, sin apuros ni tapujos. Río, ríe, reímos, usted también es un hombre moneda, ¿o no? A usted también, la vida lo jode por delante y por detrás. Lo fríe y le da vueltas toscamente como una tortilla que está por pegarse en la sartén. Sonríe, sonreímos; será su tarde, profe Orlando, su noche, su rumba pendenciera. Pero tendrá que cambiarse de *look*, profe, dejar esa mierda de peluquín por hoy. Se rapará por completo al estilo de Ángel Canales y se pondrá un bigote postizo en forma de cuerno volteado, un guiño satánico quizá, pero qué chucha, será parte de la metamorfosis que tendrá que fatigar hoy. Una regeneración simbólica a manera de obligado cambio de piel. Porque necesitará otra fisonomía, otra facha y no esa envoltura ridícula y perdedora que es el ternito plomo rata que usa como uniforme del colegio. Su atuendo será totalmente blanco, tipo narco de alto vuelo y cambiará en definitiva esos lentes culo de botella por unos de contacto. Se colgará un cadenón bien serio en el pescuezo, unas esclavas pesadas y anillos en ambos meñiques. Estará bien ficho, profe, bien

pana, bien turri. Se habrá quitado los quince años de profe sin nombramiento que le machucaron la cara y le patearon el sello —por no decir el culo—. Se rociará perfume como para una semana y ya por la noche, saldrá salvaje y peligroso al ruedo callejero. Entonces buscaré, buscarás, buscaremos emociones fuertes, muy fuertes, como si hoy todo se disolviera y clausurara. Como si este día, profe Orlando, como si este puto y cabrón día se nos acabara el mundo.

PERO EL MUNDO NO PODÍA ACABAR ALLÍ, ZETA; desde luego que no. Caminas, estás por la cincuenta de la Arequipa, por allí vives, en pleno centro vaginal de Miraflores. La zona más jadeante, perra y clitórica de Lima. El mundo no podía acabar allí, negra, en el inicio obligado de su útero, todo lo contrario, tenía que comenzar siempre desde ese lugar, parir, dar a luz a sus transeúntes, a toda esa fauna urbana que en estos momentos salía como tú, con todas las ganas enormes de rugir, de reclamar lo suyo a grito pelado y vivir. Sonríes, llevas un par de bolsas de supermercado que bambolean tu andar. Las luces de los faroles se encienden, te bañan de un brillo artificial, de escenario circense o teatral. A lo lejos, con dirección a la playa, el sol besa derrotado el horizonte, un horizonte malévolo que lo empieza a tragar, a succionar lentamente como la cabeza de un ahogado que se hunde. Pasas por una arboleda enclaustrada, resoplas, los autos avanzan en procesión atorada en las pistas, son cucarachas lerdas que nunca volarán. Cruzas una avenida delimitada ya tempranamente por un par de prostitutas que fingen un paso natural y acompasado de grulla buscando peces en un

pantano. Sonríen, mariposean la mirada, el vestido corto, luminoso; la cabellera postiza y de colores encendidos las transforman en muñecas fuera de sus escaparates, en oferta de ocasión. Algunas fuman para hacer más tolerable la espera, miran sus relojes, la seis de la tarde, los clientes, los giles, esos puntos que se tardaban tanto en llegar, lamentan. Tú sigues tu rumbo, decides también bambolearte, ofertarte al mejor postor. Levantas las nalgas, chupas la panza todo lo que puedes, y avanzas de puntillas haciendo sonar los tacos. Sonríes, toc, toc, toc, sientes lo seductor de la fantasía, del somero artificio de la esperanza, ese tibio convencimiento de que alguien, con ardor, nos viene imaginando a la medida de sus deseos. Caminas, toc, toc, toc, negra, caminas con tu bolsita de compras, con el pollo dentro, las botellas de Oporto y con toda la facha de mujer resoluta y campeona. Es mi libertad, mi pasadizo sin obstáculos desde un lugar hacia la nada, piensas, es mi porción de sabiduría, de reflexión y victoria. Soy esto, te dices a ti misma para creértelo: mis pasos, mi culo levantado, la resolución de terminar esta noche con todo y ganar para seguir ganando. Ríes, piensas que alguien al final de la jornada te mirará las tetas y deseará tocarlas, apretujarlas y tú, entonces, le dirás que no se cohíba, que siga, que no sea estúpido, que la aproveche, que la siga imaginando, que la noche como hacer el amor, es más rica cuando recién empieza.

SUSPIRAS, TE ARREGLAS EL CABELLO, sabes que tienes que trabajar luego del colegio en una cebichería donde el dueño te trataba a putadas; pero qué se podía hacer, qué chucha

podías hacer, Cholito; nada, no te quedaba otra, necesitabas el dinero. Es por eso que de cuatro a diez, mientras tus amigos de barrio estaban asaltando a transeúntes para solventarse los vicios, tú tenías que colocarte un ridículo uniforme de hombre pez que incluía una prótesis de nariz de tiburón y un mandil con aletitas pendejas en la espalda. Y vestido así, atender a unos clientes que ni siquiera diferenciaban un cebiche de jurel con uno de lenguado, los muy imbéciles. Pero lo peor eran los chicos, los hijos de su madre no dejaban en paz tu nariz o tus aletas que se te habían reducido casi a la mitad de tanto remendarlas. Los pequeños energúmenos se imponían siempre la tarea de desmembrarte las partes artificiales y luego fotografiarte junto a ellos como si fueras su animal atrapado, su trofeo vivo, el miserable pez que llenaba de orgullo a un pescador principiante. De golpe te descubrías sonriendo al lente de una cámara, idiota, ridículo y cabrón. Sí, papi, yo también quiero una foto con el hombre bagre, decían los granujas. Hombre tiburón, corregías, como el letrero de afuera, ¿lo han visto?; pero era un ejercicio inútil. No pasabas de pejerrey o pejesapo a lo sumo. Estabas sentenciado con ese jodido disfraz a bagre o a algo menos que eso. Pero chamba es chamba, según lo sentencia el argot callejero de sobrevivencia. Era eso o terminar como los de tu barrio, lleno de tatuajes, cicatrices y legajos en la correccional de Maranguita. Además, necesitabas el dinero para pagar las clases que recibías los fines de semana en una academia preuniversitaria. Tenías que prepararte para ingresar a la universidad, conseguir una carrera, una profesión lo

suficientemente rentable que te permitiese abandonar ese trabajito del carajo que tenías, y decirle a todos esos dueños del culo que se metan sus suelditos básicos y sus putos uniformes-disfraces, con gorrita y mandil incluido, por sus respectivos ojetes explotadores. Escupes, corres, miras tu reloj: las cuatro y media de la tarde. Te has retrasado mucho, y encima el micro te había dejado cuatro cuadras antes de tu paradero, debido a los preparativos por 28 de julio. Puro engaño, piensas, puro y cochino engaño. El alcalde de Lima había decidido que el pasacalle por Fiestas Patrias sea en plena avenida Arequipa, nada menos: ¿Estaba loco o demasiado pendejo para colapsar diez cuadras de la arteria principal de la capital? Estaba evidentemente loco por los votos, por la publicidad mediática que le resultaría gratis; pero también estaba pendejo, en realidad demasiado pendejo, por pensar que nadie lo iría a notar. Lo cierto es que ni el presidente pudo evitarlo —estaban coludidos y la pegaban que no en una prensa complaciente y acomodaticia—. Simplemente era impactar a la gente con un desfile que más parecía un corso circense, con saltimbanquis, guaripoleras y bufones —sobre todo bufones por todos lados—. Era para ganar votos en los últimos días de campaña; aparecer como jurado en el estrado y premiar a casi todos los colegios participantes con diplomitas idiotas de honor al mérito. Sí, era solo eso, salir en la foto, sonriente, patriota, benévolo, asegurando la reelección. ¿Y nosotros, los que nos importaba un carajo que ese imbécil salga o no reelegido? No importábamos, sobrábamos, éramos para él, ese cero punto dos por ciento en las encuestas que desaprobaban su gestión. Miras a lo

lejos, el letrerito del local: La sazón del hombre tiburón. Abajo, en la puerta de entrada, te esperaba Chiki, la mujer del dueño, una tipa de descendencia rusa que no tenía nada de Chiki, porque era más bien inmensa. Casi dos metros de carne blanca y rolliza. No era del todo mala, pero tenía esa clase de problemas que en algunas mujeres es incorregible: estar totalmente convencida de que todos los hombres, sin excepción, son una mierda como su marido. Hola, Chiki, le dices sin esperanza de obtener respuesta; porque la notas con la inconfundible carita de estreñida. Se encontraba así debido a tu retraso. Miras de nuevo tu reloj, cuarenta y cinco minutos, puta mare, ¿ahora qué digo? El tráfico, Chiki, finalmente justificas, al Alcalde se le ha ocurrido la brillante idea de hacer el desfile en plena avenida Arequipa. ¿Qué te ha pasado en la cara?, te pregunta Chiki, te ausculta, parecía un golpe y que te curaras, que en el baño había un botiquín con alcohol y algunas pomaditas para la inflamación. Te palpas el rostro, lo notabas normal, qué raro, qué chucha tendrías. Llegas al baño de servicio, ingresas rápidamente, buscas el espejo y allí observas tu mentón amoratado, hinchado. Lo pulsas, sientes un ligero dolor; abres y cierras la boca. Sientes a la mandíbula algo adormecida, compruebas que te habían quiñado un diente. La puta mare, la reputa, y cierras la boca. Te pones de lado, de perfil, vuelves a palpar tu mentón. El hematoma era grande y te comprometía casi la mitad de la quijada. Miras de nuevo tu reloj: faltaban quince minutos para que se completara la primera hora de tardanza. Con eso ya tenías veinte soles de descuento en tu contra. Ta' huevón, tenías que apresurarte, si te pasabas un

minuto más, te mordían toda la segunda hora de chamba. Las huevas, varón, y te pones al toque tu uniforme de hombre pez: el mandilito, la gorra y el resto del cojudo disfraz. Estabas decidido a sobrellevar con dignidad aquella desgracia. Resoplas, suspiras y sales a trabajar. Piensas que los detalles en tu aspecto no importaban; crees que ahora era tan solo cuestión de pensar en el trabajo e ignorar este ligero cambio. Te preguntas qué podría haber pensado Gregorio Samsa sobre esta transformación. Resoplas, te acomodas la prótesis nariz de tiburón y con ternura masoquista, te atreves a sonreír. Gregorio Samsa también hubiera hecho lo mismo.

DESEMPACAS EL POLLO A LA BRASA, lo miras, despacio, con ternura, recuerdas cuando tu marido te había asegurado que si le hacías ganar su quinto premio literario, se consagraría, que ya con ese galardón recién sería llamado por fin *escritor* con todas sus letras, con todas las de la ley. Notas el aspecto pringoso del ave refrita, el cuello fálico, venoso. Te habías asegurado que después vendría el Rómulo Gallegos, el Cervantes y que después nadie lo pararía hasta el Nobel. Que todo lo bueno caería luego por su propio peso. ¿Por su propio peso? ¿Por qué no, negrita?, te había dicho aquella vez, ¿por qué no? Observas las alitas, el aspecto crujiente, demasiado rostizado en los bordes. Recuerdas su cara de idiota, de confianza, de fe irrestricta en ti, en tu pluma, en tu literatura. Creía en aquello que tú le escribías, en aquello que le podía otorgar más fama contrabandeada, falaz e inmerecida. Sonríes, te parece mentira que sigas estando a

su lado, soportando sus insultos, sus diarias humillaciones. ¿Se podía llegar más abajo, negra? Si hasta en el sótano te había confinado. Allí te tenía cocinando, lavando y escribiendo siempre para él. Resoplas, recuerdas que no siempre fue así. Cuando lo conociste en la universidad, Fando era un ser indefenso y hasta tierno. ¿Recuerdas, negra? Claro que recuerdas, suspiras, es lo más hermoso que aún tenías dentro de esa masa de noventa y cinco kilos que era tu cuerpo. Era el tiempo que no eras Zeta, ni Zetota, ni Zetácea como ahora se burlaba tu marido al llamarte. No, eras simplemente su Zetita como en ese entonces te decía de cariño, el muy cabrón. La estudiante brillante de Literatura en la Villarreal, la primer puesto, la que logró ser ayudante de práctica y luego catedrática por algunos años. Lo recuerdas tan vulnerable en aquellos días, tan poquita cosa acercándose a ti, mendigando, que lo ayudarás con algunos exámenes, que era de la Facultad de Educación, que había ingresado con ayudita y soplo —vaya novedad en él— y que para la Teoría Literaria tenía tanto acierto como un orangután con una ametralladora. Sonrías, contemplas las patas abiertas y obscenas del pollo que, de par en par, muestran un sexo inexistente. Te había dicho que te parecías a Naomi Campbell, que tus ojos eran tiernos y tus pestañas mágicas, que tu mirada era el aleteo de una mariposa. Y eso te gustó, negra, te encantó, te desacomodó como quien patea un tablero de ajedrez. Te encandiló su pose ensayada, los versitos trillados y esos empalagosos diminutivos que solía intercalar siempre en sus pedidos. Te encantó, te demolió, te hizo papillas la voluntad, el ánimo; porque sentías que eras

la única persona que podías curarlo de su ignorancia. Porque una palabra tuya, te dijo alguna vez en tono bíblico, una palabra tuya bastará para sanarme, mariposita. Pero fue pura retórica, una mera frase hecha, porque no fue una, fueron muchas las palabras que necesitó. Tantas, que colocándolas una tras otra en el piso darían la vuelta al mundo. Vuelves a sonreír, resoplas, regresas al pollo, no tiene tripas, está limpio, listo para calentar y comer. El ave no tiene cabeza, igual que tu marido, piensas; explotas en carcajadas: ja, ja, ja. Tu memoria te vuelve a rebobinar los recuerdos, te lleva al día que te confesó su miseria como solo un tipo en las últimas podría hacerlo. Te dijo que su problema con el estudio venía desde antes, desde el colegio, desde una infancia golpeada y mal comprendida, cariñito, florcita linda de mi vida. Pero era mentira, él era torpe por naturaleza, más fácil le era victimizarse, arrastrarse por el suelo y pedir socorro con la mejor cara de cojudo que se tuviese. Y él, valgan verdades, ponía una inmensa cara de pobre diablo cuando quería. Una carita de dibujo animado espectacular, como la del gato de Shrek. Ese animalito que mira con unos enormes y desgarradores ojos llenos de lágrimas y te suplica, que por favor no lo abandones. Que lo ayudes, mariposita, que lo apoyes con algunas palabras, con un poquito de letras que salpiquen de ese aleteo que es tu mirada. Mi Naomi Campbell de la Villarreal, mi Zetita. Cabrón, ya vería esta noche, por donde le iba a entrar su Zetita.

LO HABÍA DECIDIDO, PROFE, para cerrar el día, se iría con la putilla del periódico. Lo justo, maestro, lo justo y sigue

su camino, campante, el cuello estirado, orondo, el mentón arriba, asentando el taco y luego la punta de los zapatos con cierta ingravidez y lentitud adormilada, elegante, como si fuera un avestruz en la superficie lunar. Algo que va dejando huella en un mundo desolado y frágil. La metáfora didáctica perfecta, profe: su vida, sus trazos, sus mejores pisadas en la superficie de una memoria colectiva e inmensa como el infinito mismo. Resople, maestro Orlando, no se canse, resople y cavile, alucine, proyéctese. Su mente se le va llenando de imágenes sugerentes, cachondas: cuerpos de mujeres desnudas, senos que rebasan manos apuradas, artríticas y trémulas; pezones negros y al aire, filudos, en punta; muslos blancos, piernas largas, alacranadas, enredadas en una lucha de muerte, de entrega total a hocicos abiertos o vaginas dispuestas, chorreantes de baba, ruido y de luz. Corre un viento tibio, huracanado, una fuerza que arrasa y que arranca. Déjese llevar, profe Orlando, libérese, permita que sus genitales flameen libremente, déjelos sueltos, aleteantes. Claro que sí, piensa, resopla, claro que sí, palpa su relojito de pulsera, lo toquetea: sí, faltaba muy poco. Pero no había problemas, papá. Usted ya lo tenía todo listo, se había puesto de acuerdo con la susodicha del periódico y todo debía funcionar y girar como dentro de un mecanismo de relojería. La cita sería en el hostel Buen Provecho de la avenida Arequipa, habitación 202, a las ocho en punto. Mira nuevamente su reloj, era cierto, tenía tiempo, faltaba todavía media hora. Por eso sigue caminando con ese estilo avestruzado y lunar; envuelto en plumas, en gases dulces y multicolores. Je, je, bambolea los hombros, el culo, es un equilibrista que confía en su destreza. Sigue avanzando, llega al óvalo de Miraflores,

lo circunda a medias: locales iluminados, gente apresurada con ojos inquietos de insectos, autos, humo, ruido, bulla urbana por todos lados que se incrustan en sus oídos como alfileres. Su paso se relaja aún más, maestro, se alargarta, se ofidia. Se cruza con mucha gente, noctámbulos que encienden sus ojillos fosfóricos para competir con las luces de los faroles. Decide apresurarse un poco, mata al lagarto que llevaba dentro y da paso al felino, a un guepardo que ya ha olido a su presa. Ha llegado por fin a la avenida Arequipa. Su premura devora una, dos, tres cuadras con mucha rapidez. Repasa la numeración de la calle, ausculta, busca el hostel Buen Provecho entre los letreros que colgaban por allí. Al final de la siguiente calle, logra ubicarlo. Rápidamente llega a la puerta, toca el timbre, se escucha un ding, dong alargado, repetido. Luego de unos minutos, aparece una anciana mofletuda. Es una cara grande y arrugada como un pan mojado. ¿Qué desea?, pregunta, lo mira con curiosidad, le ha impresionado su pelada impecable. Quiero el cuarto 202, dice usted, lacónico, mira las pupilas inquietas de la anciana, dos escupitajos pardos y flotantes que no le dicen nada. ¿Viene con alguien?, pregunta la anciana a pesar de verlo sin compañía. Vengo solo, pero esperaré a mi novia que llegará todavía dentro de unos minutos. ¿Novia?, pregunta la anciana, esmerando el tono irónico. Usted respira, resopla; en realidad se trataba de una putilla que lo había citado en ese cochino hostel; pero no se lo dice, se aguanta, sigue resoplando, pasa saliva: sí, señora, es mi enamorada. Son cuarenta soles sin papel higiénico, ni jabón; aclara la anciana, el pan mojado de su cara ha quedado congelado en una mueca dura, muy poco hospitalaria.

LLEGAS A CASA, sacas las llaves con un movimiento ágil y mecánico. Estabas apurada, abres y cierras todo de un solo golpe, de memoria. No tenías miedo, ni nerviosismo; sino un estremecimiento parecido a la ansiedad. Algo que te hacía temblar el bajo vientre, que te imponía una lógica severa y enfermiza de perfección. Respiras, abres bien los ojos, avanzas por en medio de la sala, lo haces lenta y pesadamente como una *limousine* de los años veinte paseando su alargado chasis en un desfile de exhibición. Pasas por la repisa, allí estaban los trofeos de su marido que debieron ser de ella, miserable, gusano sin talento. Eran cuatro esculturas de bronce repujado que representaban una pluma, un papiro, un laurel y una flama. Odiabas esos trofeos, lo que significaba para ti, todo lo que había tenido que hacer para que esas benditas esculturitas estuvieran reposadas e inmóviles en la repisa como pequeñas aves disecadas. Resoplas, te tocas el bajo vientre, a la altura de la vagina. Se trataba de un escozor, quizá una infección urinaria o una laceración en el clítoris por haberte masturbado más de la cuenta. No sé, susurras, no sabías exactamente qué, ya averiguarías después y llegas al extremo de la habitación. Allí te agachas al pie de una escotilla que daba acceso hacia la planta baja. Una especie de sótano reducido que te servía simultáneamente de cárcel y de guarida. Un submundo al cual siempre regresabas con cierta malsana esperanza. Abres la escotilla y descendes. Tu madriguera subterránea es a la vez y todo junto: dormitorio, cocina y lugar de digitación. Colocas las bolsas del mercado en el piso, no había mucho espacio, puteas, maldices, sacas de una bolsa el pollo a la brasa y lo

dejas encima de la cocina. Observas la válvula del balón de gas, tocas el conducto alimentador, una manguerita azulada y reptil que unía al balón con la cocina. Luego de servirle el pollo, lo harías; luego de que el desgraciado esté sentado a la mesa, la pincharías. No se daría cuenta, ese hijo de puta aprendería a no haber sido tan cabrón contigo.

TÍRESE, PROFE ORLANDO, descanse, descuajeringuese, tírese. Y usted se tira, se tira cuan largo es en la cama de este hotelucho de quinta; se despereza, se convierte en un orangután boca arriba, feliz, despreocupado y comienza a maquinarse, a hacer ideas mientras se sigue desperezando. Saca su celular, duda en llamar, no quiere ser espeso; pero no sea gil, profe, tímbrele; no sea huevón, asegure a la tramposa. Y usted timbra, rum, rum, su aparatito vibra, la pantallita se ilumina de azul. ¿Aló?, llamaba para confirmar el encuentro. Sí, sí, es en serio, ya estoy alojado en el hostel donde me dijiste. Sí, sí, en el Buen Provecho, habitación 202; si quieres llama y confirma en la recepción... Desde el otro lado del fono, la mujer le advierte por enésima vez el precio del servicio, es insistente, desconfiada. Usted la deja ser y ella de nuevo le vuelve a aclarar que no hay rebajas, que no era su política, que de todas maneras no le haría ningún descuento, así le insistiese; que ella valía el dinero que pedía. Usted sonrío, le responde que no se preocupara por esas miserias, que usted era de ley, serio, un tío de peso, de otro lote y no cualquier huevón del montón, que más bien no se vaya a olvidar lo del personaje, que había pedido a Gatúbela y no a Caperucita Roja, ni a enfermeras, ni a colegialas fatales, ni a ningún otro putoncito

disfraz parecido, ¿de acuerdo? Sí, señor, ¿la villana de Batman, no?, pregunta esta vez con la voz obsequiosa, domesticada y chorreadita. Sí, sí, usted responde, siempre severo, duro, mandamás y que no se olvidara tampoco del látigo. ¿En media hora? ¿De acuerdo?, de acuerdo, amorcito. ¿Amorcito?, ahora usted es su amorcito, profe, qué putilla para más pendeja, pero hay que seguirle el juego, maestro, darle cuerda hasta donde aguante. De acuerdo, «amorcito», responde usted, cachoso, irónico, entonces te espero, no te demores, chau, le manda un beso alargado: muuuuuu y cuelga el fono. Parece que por el momento, ha vencido, profe Orlando. Je, je, sonrío, decide prender la tele, de inmediato comienza hacer un *zapping* brincando de un canal a otro. Logra pasearse por casi un centenar de imágenes en menos de cinco minutos. Todo está aburrido; están pasando repeticiones de películas extranjeras mal dobladas al español y videos musicales de moda: la acostumbrada chatarra visual de estos tiempos. Sigue apretando el botoncito, y de pronto, aparece el rostro del ministro de Educación para agravarlo todo. Y cuando está a punto de hablar sobre el último examen de nombramiento, usted lo manda al carajo y apaga el televisor con violencia. ¿Qué pasaba, profe, no quería oír nada sobre ese examen que desaprobó? No, definitivamente no quiere escuchar una sola palabra de aquel enormísimo imbécil. Se le comprende, profe Orlando, ha logrado acumular la suficiente cantidad de mierda por este día para que ese animal le agregue una porción adicional. Sonría, profe, cálmese, no se me achore — no, todavía no—, respire, pásese la desolación por los huevos. Y usted sonrío, se aplaca, le pone un bozal a ese desaliento

feroz y recupera un poco la paz. Ese islote donde ahora usted reposa como un animal invertebrado. Decide desnudarse, quitarse una a una sus prendas como quien quita las telitas a una cebolla y esperar.

AQUILES COTEJA SU RELOJITO DE PULSERA, faltaba poco para la formación, susurra; se rasca la panza, se desanuda un poco la corbata, cómo apretaba, cómo jodía esa mierda. Decide caminar en círculos en medio de su oficina, ser un mastodonte en su jaula, un mamut que ha aprendido a esperar, a calcular, a planear bien las cosas antes de que lleguen. Piensa en Orlando, hoy no iría a venir, seguramente por lo del examen de nombramiento, por esa chanchada del ministerio de cambiar las notas a última hora. Pobre, debía de estar malográndose en algún hueco de mala muerte. Pero no le extrañaba, desde que lo conoció, el negro había sido toda la vida un sentimental del culo, un grandísimo huevón. Suspira, sigue caminando, siempre había creído que una delgada telita epitelial dividía a la humanidad en dos grandes grupos: Aquellos que no aprendieron a corregir sus grandes errores a tiempo, y los que sí lo hicieron. Je, je, sonrío, existían tres factores que determinaban en qué lado de la telita te encontrabas: El primer factor era la elección de la profesión. Crucial momento que resolvía la disyuntiva entre ser «alguien» o ser «algo» en la vida; ser uno de los que patean culos en el mundo, o ser simplemente los culos. Recuerda una lectura, a Sartre cuando decía que un hombre es lo que hace, con lo que hicieron de él. Sonríe, él piensa todo lo contrario, cree más bien que un hombre hace lo que

es, con aquello que él mismo forjó dentro de sí; que negarlo sería tan cómodo como negar la estupidez del mundo o en todo caso, endilgarla a otros, a cualquiera menos a nosotros mismos. Uno es más estúpido en la medida que ha sido libre al elegir precisamente ser más estúpido. Él supo elegir dónde estar entre el puntapié y el culo. Optó por ser educador, profesor de Lengua y Literatura. Resolvió ser «algo» a ser «alguien», decidió con toda libertad ser «culo», primer puto error, Aquiles.

El segundo factor era la hembra que se escogía para vivir. Quizá una empresa tan o más difícil que la anterior. Consistía en buscar una mujer que sea igual o el doble de pretenciosa que uno. Alguien que tenga las agallas para calzarse unos buenos pares de botas —con puntita de acero incluida— y romperle el ojete de un patadón, a quien se interpusiera en su camino. Él había elegido a una mujer pudiente y de armas tomar; aunque poco agraciada y diez años mayor que él. No había considerado, enormísimo pedazo de idiota, que la edad y la fealdad eran enfermedades que solo se agravaban conforme se convivía con ellas. Por eso no debió haberse sorprendido cuando en el momento menos oportuno, se descubrió desnudo, impotente y flácido encima de su mujer. Segundo error, segundo error cabrón.

El tercer factor es decisivo; ya que consistía en corregir el primero y el segundo, sin incurrir en un error más en la vida. En este nivel la telita podía ceder, todo se podía ajar, romper, irse irremediamente a la mierda. Por eso se tenía que aguzar la mirada, enroscarse bien las bolas y tratar de sortear lo más inteligente posible aquellos dos

escollos anteriores. Se debía de tener cuidado, precaución, se trataba de un peligro límite. El tercer error era definitivo para cruzar al lado equivocado de la telita. En pocas palabras: no debía haber tercer error. Por eso había enmendado el primer error como las serpientes: mudando de piel. De profesor de medio pelo, se fue transformando paulatina y secuencialmente en subdirector, director y finalmente en director empresario. Estudió maestrías, diplomados; culminó con honores un doctorado de gestión educativa en el extranjero. Se esforzó, sudó, invirtió, se asoció, se arriesgó y logró formar junto a un grupo de entusiastas como él, un colegio que en pocos años se convirtió en el centro de estudios más importante del país. Colegio que había logrado su éxito gracias a la participación solidaria y colectiva de muchos profesores como él. Profesores que fue traicionando y quitando del camino, uno por uno, como piezas sobrantes de un juego que él había decidido resolver solo. Intención que al final logró con la ayuda de su esposa, quien con su *staff* de abogados —y su buena botita punta de acero— se dedicó a «liquidarlos» laboralmente a través de documentos tramposos que escamoteaban compensaciones, años de servicio, utilidades y otros derechos. Finalmente esto se consolidó gracias a una jugada maestra con el Estado, quien estableció un convenio con el colegio designando profesores contratados o nombrados por el Estado. De esta manera, la planilla docente la asumía íntegramente el Ministerio; pero las pensiones de los alumnos las seguía cobrando el Director. Mejor negocio redondo, imposible. Pero los compañeros,

los socios iniciales que habían contribuido con sus pocos pero numerosos aportes para la infraestructura del colegio; sencillamente perdieron. Fuiste una mierda, se dice Aquiles mientras se detiene un rato a mirar por las ventanas de su oficina al alumnado que lo esperaba para dar inicio a la formación. Fuiste una mierda, pero el secreto, la vacuna fue nunca sentirse mal por ello. Je, je, sonrío, retoma su andar acompasado, elefantiásico, se rasca la papada. Además no tendría por qué preocuparse, total, piensa, ellos habían elegido libremente ser culos en esta vida, nadie los había obligado. Su mujer solo los había despedido como tales, de un fuerte y certero patadón. Un patadón que los había sacado del juego, que los había dejado de una vez y para siempre del lado equivocado de la telita divisoria.

Aquiles se acomoda el cinturón del pantalón, lo asegura, lo calibra, lo entornilla lo mejor que puede a su torso amorfo y casi líquido; el segundo error lo había solucionado a medias. Eso le jodía hasta ahora. No se había divorciado de su mujer por una cuestión de herencias y reparto de utilidades de la Corporación; pero había conseguido en compensación una amante. Una amante que lamentablemente había resultado una mala elección, no por lo bonita —que sí lo era—, sino por lo pendeja, en realidad por lo gran pendeja, corrige, mueve la cabeza, es un rumiante que busca una luz en la oscuridad. En efecto, hace unas semanas había averiguado que lo venía engañando; perra, susurra, se había pasado de pendeja con él, pero aprendería la putita. Si una telita tendría que romperse hoy viernes, sería la de ella. Sí, claro que sí.

TOSES EN MEDIO DEL SUPERMERCADO, COF, COF, COF. Te disgustaba hacerlo en esas circunstancias; era como si quisieras llamar la atención a la gente que te rodeaba, pero sin éxito. Cof, cof, cof y ni un puto «salud» de cortesía. Ni siquiera una mirada oblicua, piensas. Pasas saliva, una sustancia espesa y ácida que te empantana, que te agriaba la mirada. Rezonas, te resignas y empujas tu carrito de compras como quien pasea su propio cadáver. Al desplazarte vas observando de reojo a todo ese enjambre de compradores que no te miraban, que te ignoraban como si fueras un fantasma. Una entidad transparente que pasaba muy cerca a ellos, pero que no daba miedo, ni siquiera lástima. Cabrones, sigan con lo suyo, susurras, te agrías, recuerdas a tu marido, no podías dejar de pensar en él, en esa mierda. Recuerdas lo mal que la pasaste el año pasado, cuando te amenazó con dejarte si no le ayudabas a ganar, por cuarta vez, un concurso de novela. ¿Recuerdas, negra?, luchas con esa interrogante, giras la cabeza, eres un rumiante que se orienta, que no quiere perderse en las brumas de sus malos recuerdos. Pero se pierde, recuerdas que en aquel entonces, se afanó como siempre en darte el gusto. Terminaste escribiéndole una novelita más a la medida como un sastre consumado; pero te prometiste que algún día te darías el gusto de escribir algo realmente tuyo, negra. Algo que te naciera del centro mismo de tus ubres grandes y oscuras de zamba rabiosa. Una historia expulsada casi como un orgasmo, e incluso más auténtico que ello, y no esa novelita a pedido que le hizo merecedor a tu marido de su cuarto premio literario. Ese galardón que le subió los humos, que lo volvió insoportablemente etéreo. Alguien

pisando plumas y hablando del Nobel como quien habla de la sarna de un perro: algo que podía infectar a cualquiera. Estuviste inaguantable, huevón de mierda, igual de basura conmigo, los ojos fijos, venosos. Es más, con el premio en manos, el dinero, la fama y la prensa, muchísimo más hijo de puta que antes. Te conseguiste una amante, pendejo, desde el inicio lo sabía, de inmediato te esmeraste en hacer el correspondiente papel de cojudo, de barajarla conmigo. Te buscas de memoria la frente, te restriegas el sudor con un puño, resoplas, pero tus moretones, cabrón, los rasguños, y ese perfumito sabor a miel que no era el tuyo, te terminó delatando, concha de tu madre. Pero hoy viernes las pagarás una a una, toditas y con interés incluido. Lo puedo jurar, por estas tetas enormes y negras. Sonríes, estás torcidamente feliz. Sí, piensas, hoy tendría que ser el gran día y sigues empujando tu carrito hasta la sección de licores. Te detienes, coges una botella de Oporto. Lo hueles, miras la cosecha, te parece la adecuada. Tomas tres más, mejor cuatro, para asegurar, piensas, por si las moscas, je, je, je. Una nunca sabía. Retomas tu recorrido, ahora te diriges hacia la comida rápida. Pides que te envuelvan dos pollos a la brasa, ración triple de puré de papas, cremas y un potecito de ensalada lista para servir. Hoy te empujarás tu última cena, Jesucristo de pacotilla.

ENTRAS A LA COCINA y sacas de tu bolsillo, el papelito que te acababa de dar la mujer de la mesa cinco. Vas a un rincón y lo comienzas a leer. Era la dirección de un hostel, sonrías, habías campeonado con esa morenaza. Estaba pasada de

carnes, pero era simpática, tenía un no sé qué que cautivaba y además, había sido la única en marcar la diferencia entre un cebiche de lenguado y otro de jurel. La morena tenía buenas tetas y un tarrazo de esos. ¡Un cebiche!, le pides a la cocinera. ¿De qué, me lo quieresh de jurel o lenguado?, pregunta, se rasca la cabeza, se limpia las manos en su delantal blanco. La cocinera te mira, los ojos achinados pero intensos, acuciosos. Era una mujer bajita, joven, culoncita; tres cosas que fueron contundentes para que el mañoso del jefe la contratase, y posteriormente, se encierre con ella en los altos de la cebichería con cierta asiduidad, el muy pendejo. Llevaba un maquillaje recargado y el cabello teñido de rojo que le otorgaba la apariencia de una muñequita andina, de cantante folclórica a punto de saltar al escenario. De lenguado, le recalcas. ¿Qué no es igualsh?, dice ella, sonriente, sabía que la preguntita te incomodaba. Ya pues, no jodas..., esta clienta sabe la diferencia. Esta mujer sí tiene estilo, le aclaras, con un orgullo ajeno. La cocinera ríe, coqueta, el cabello enrojecido y recogido todo hacia atrás comienza a brillar. Su intuición femenina le ha dictado sentencias claras y precisas, le ha dicho que te gustaba la mujer de la mesa cinco, que por eso la sobredimensionabas más de la cuenta, que de seguro estabas pensando en ella y que en ese papelito que acababas de leer, estaba la explicación de tu entusiasmo... La cocinera termina de limpiarse las manos en el delantal blanco y comienza a colocar trozos de pescado en una fuente transparente. Parte cuatro limones y los va exprimiendo uno por uno encima de la carne blanquecina que, poco a poco, se va sancochando con el ácido rociado.

Se apresura, sabe que el secreto para hacer un buen cebiche es curtirlo apenas un instante. Conforme va revolcando los trocitos de pescado, esparce con la punta de los dedos sal al gusto, rocoto en hilachas, una pizca de ajino moto y ajo molido. Pasados dos a tres minutos, le agrega la cebolla picada en plumas y listo. Es ágil, sutil, sabe lo suyo. Toma un pequeño cucharón, revuelve la mezcla, lo saca, se da un toquecito en el dorso de una mano, se lame. Faltaba un poco de sal, rocía un poco más, solo un poquito, no la vaysha a sher que la malograshe... La cocinera finalmente encuentra el punto cero del sabor, sonrío y sirve en un plato grande acompañado con lechuga, choclo y una tajadita de camote. La miras con respeto, la cholita sabía lo suyo; piensas que hasta para hacer un buen cebiche se necesita tener estilo y la cocinera lo tenía de sobra. Recuerdas lo que le dijera alguna vez el profe Orlando, eso de que conquistar a una mujer era lo más parecido a preparar un buen cebiche: la vaina era saber sazonar bien la carne antes de comérsela. El mozo mira el papelito y piensa en una receta que estuviera a la altura de sus ansias.

TIRADA BOCA ARRIBA, era viernes, los músculos chorreados, moribundos, exangües. Hacía calor, un bochorno tibio que te sacaba antes de tiempo de la cama; pero los ojos los tenías encendidos, fieros, cocinando peligros venideros. Te estiras, te desperezas, expandes tus noventa y cinco kilos de carne negra encima de un catre viejo y roñoso de patitas desiguales y piensas; dejas flotar tus ideas encima de ella. Los tirantes de la bata te han dejado marcas en los hombros y te presionan

las tetas hasta casi reventarlas. La habitación era pequeña, oscura, una cloaca mal oliente; pero no te preocupaba, tenías cosas más importantes que resolverías, siempre y cuando una llave mágica girara para el lugar indicado. Sonríes, hace mucho tiempo que lo venías pensando. Hoy te sentías segura, dominada por una secreta confianza que te aflojaba las articulaciones hasta prácticamente desarmarla. Sí, negra, hoy puede ser tu día y miras con ojos beatíficos el timbre que estaba al frente. Te rascas la vagina, está irritada por tanto masturbarte, ahora de golpe te picaba, te picaba aún más. Miras el reloj de pared que estaba al costado del timbre. Sí, aseguras, resoplas, había algo dentro de ti que lo aseveraba. Sonríes, luminosa, seráfica, imaginas una llave dentro de tu vagina, que comienza a girar hacia el sitio correcto.

POR FIN SE DECIDE Y ABRE LA CARTA. Traspira, pasa saliva, saca del sobre un papel escrupulosamente doblado en cuatro. Lo desdobra, lo estira y lee una dirección. Aquiles comprueba que hay un par de fotos de una mujer. ¿Es la secre?, se pregunta, los ojos fijos, pelados, sobresalidos y sin vida como los de un perro atropellado. ¿Era en efecto su secretaria? Y el director que no lo puede creer, que se resiste a la contundencia de ese impacto que le ha llegado como un puntapié en plena cara. Un golpe directo que lo ha dejado con la boca chueca y la nariz hinchada. Porque es eso lo primero que te rompe una mujer pendeja, la cara y no el corazón, como lo creen algunos idiotas que precisamente son los que tienen el rostro más reventado, más hecho mierda por ellas. Aquiles suspira, siente una tristeza agria que lo

avergüenza, que lo hace sentir más abajo que el asco y la pena juntas. Aguanta un llanto, lo reprime, lo mastica, es un sapo jabonoso que a duras penas traga. Se soba los ojos, aguza la mirada encima de esa foto, y no lo puede creer; en realidad no lo quiere creer. No, no, no, su Pamelita, no. Aquiles piensa en la manera como había conseguido la dirección y esas fotos. Cree que la página web donde había entrado para contratar los servicios de una especie de Sherlock Holmes virtual, era falsa; que se trataba de un montaje, un vulgar y grosero engaño. Pero no lo era, suspira, se quiere infundir valor, tiene la primera foto posada en sus manos como una paloma muerta. Se trataba de una panorámica donde una mujer, supuestamente su Pamelita, estaba entrando a un cuarto de hotel. Lucía el cabello recogido y unas gafas gruesas, oscuras. No, no podía ser la Pame, su Pame. Acerca más la foto, la aleja, busca un detalle suelto, esos errores que siempre solía encontrar en las películas; pero nada Aquiles, parecía que en efecto se trataba de ella. Respira, toma la segunda fotografía, se trata ahora de un *close up* al lunar de la mujer, un lunarcito carnosito, negro, putín, que se detiene justo antes de llegar a la boca, a lo Marilyn Monroe. Aquiles no sabe qué pensar, qué justificar, qué demonios hacer. Recuerda los primeros días cuando no era su amante y solo su secretaria: ¿Aquiles con «H», señor, o así nomás? Así nomás, le dijo aquella vez, Aquiles con «A» de amoroso, preciosa, con «A» de amanecer. Y no me digas señor, que el Señor está en los cielos, y yo aquí. Hay, Aquiles, fuiste un perfecto idiota. Sonríe estúpidamente, guarda el sobre de las fotos en un bolsillo. ¿Y ahora qué? Ahora seguía siendo

el mismo hombre con «A», pero con «A» de alcornoque, de asno, o más precisamente de animal.

EL TIMBRE HA RETUMBADO UNA SOLA VEZ. Y no ha salido esa chispa característica que solía centellear cuando tu marido te llamaba desde su celular. Ese chirrido insistente que se había convertido en estos últimos años, en la clarinada de alerta para que, cual perrita de Pavlov, salgás babeando de tu madriguera impuesta y le tengas servidita y caliente la comida en la mesa, tirano cabrón. No, esta vez no ha habido chispa, ni baba; solo ha sido un timbrado simple, alargado y dócil de llamado de puerta. Resoplas, negra, resoplas y te levantas de tu camastro en cámara lenta, los movimientos deshuesados, gaseosos, los ojos rojos, inyectados. Estás cansada, soñolienta, te sientes una minotaura con el lomo adormecido y apaleado. Suspiras, te resignas a esa mañana de viernes que te ha caído de arriba abajo como una cachetada. Abandonas tu lecho mugriento y subes las escalinatas del sótano. Ascienes grada por grada con pesada lentitud. No habías podido dormir durante toda la noche. Estabas así desde hace quince días, masacrada por la espera, por la angustia de un resultado que tardaba, que se dejaba sádicamente esperar. Todo ese tiempo habías comido, bebido y fumado más de la cuenta. Te habías masturbado hasta lacerarte el clítoris; habías gritado, rugido, llorado; pero todo había resultado inútil. La angustia se te había subido encima, negra, te había cubierto y convertido en una segunda piel. Bostezas, tienes la boca amarga, el aliento rancio, espeso, curtido, una mezcla de ron, tabaco y café. Llegas al techo de tu cuartucho, sales por la escotilla

como un topo, las ojeras caídas, la melena crespa, espesa, rabiosa, una maleza enredada encima. Cruzas la sala y llegas por fin a la puerta. Ves por la mirilla a un anciano pelucón que rumia todo el tiempo una mentada de madre, quién demonios sería, abres la ventanilla de la puerta. El cartero hace la mueca de haber saboreado de golpe una cucharadita de mierda. No te ha saludado, de seguro se ha decepcionado por no haber encontrado una chica joven, bien parecida, cachonda. Una tipa en bata o en polito pegado para mirarle las tetas gratis y a sus anchas, viejo verde, pendejo, de seguro que ni se le paraba. Decides no saludarlo tampoco, que se jodiera, que se vaya también a la mierda. El cartero pasa la correspondencia por la ventanilla sin ceremonias, luego una hoja amarillenta donde tenías que firmar el cargo. Resoplas, aceptas el contrato tácito de mutismo con aquel sujeto. Te sabes desagradable por tu aspecto, por tu facha; pero sabes también que él debe sentirse igual o peor que tú. Eso te consuela, es una secreta compensación que te permite coger el papelito amarillo con dignidad y hasta con cierto orgullo. Firmas en unas líneas punteadas por duplicado, devuelves la hoja y cierras la ventanilla de golpe, para terminar con el cartero, para desaparecerlo, para mandarlo así a la mismísima mierda. De inmediato una protesta mascullada, un escupitajo, una mentada de madre más y unos pasos que se alejan perdiendo fuerza y finalmente existencia. Sonríes, cavilas, viejo huevón, qué se había creído, que dibujara un bosque imaginario y que se perdiera por allí, viejo mañoso. Revisas la correspondencia, es un sobrecillo blanco y baladí; por un momento piensas que se trata de una de esas insufribles

invitaciones a veladas literarias, o presentación de libros que tanto le gustaban a tu marido. Suspiras, presientes algo emocionante. Observas que el sobrecito, aunque sencillo, lleva un sellito dorado y una filigrana laboriosa alrededor de una simbología en miniatura. No quieres todavía ver si el destinatario eres tú o tu marido; pero una ligera intuición te endulza, te inflama el pecho de flores. De pronto se te ha pasado el dolor en el lomo, en las costillas, en la vagina; sientes que tu segunda piel ha desaparecido. Sonríes, quizá luego de leer esa misiva, ya no seas nunca más la perrita de Pavlov, de tu marido o de cualquier otro cabrón. No, negra, quizá ya no.

PAMELITA SE BESA EL ÍNDICE Y EL ANULAR de una mano. Se los chupa, busca la imagen del Señor de los Milagros que tiene colgada en medio de su aparador. Señor, protege a esta pecadora, ha pedido, llorosa, contrita, líbrala de todo mal. Suspira, ahora se mira al espejo, se sabe bella, linda, un bocadito irresistible para los hombres, para esos mañosos que eran todos sin excepción. Se concentra en sus ojos, luego en los labios, se los va delineando con la puntita de un lápiz. Estás bella, se dice y estaría mejor, muchísimo mejor; se riza las pestañas y termina de inventarse una mirada al nivel exacto de sus pretensiones. Je, je, sonríe, estaba matadora, esta noche saldría a matar. Claro que sí y sonríe, sonríe con esa sonrisa suya que destruye, que tumba, que ha traído por el suelo la resistencia de tantos puntos en estos últimos meses. Pero esta pepeada sería la última, ya no quería seguir en lo mismo. Porque tenía miedo de que un día de estos la pepa

en el oportuno no funcione, o le caiga encima una redada, una de esas emboscadas que nunca faltan. Sí, Pamelita, ya había llegado la hora de plantarse, de sacar la cola de ese bisnes. Luego hablaría con su pareja, le pediría que la apoyara en su decisión. Él entendería, si la quería, tendría que comprender. Le daría la oportunidad para cambiar de rubro, de vida, para conseguir dinero de otra forma. Su marido le había dicho que en uno de esos días le llegaría un resultado importante que podría cambiarle la vida. Se maquilla, se espolvorea el mentón, las aletas de la nariz; le había asegurado que si era una buena noticia, se irían a vivir a un sitio exclusivo, ficho. Había prometido también que incluso tendrían hijos, muchos, je, je. Pamela mira con ojitos de beata la imagen del Señor de los Milagros, se concentra, conversa con el Cristo Moreno: me gustaría que mi hijito saque sus ojos, su pelo y claro que sea tan inteligente y triunfador como su padre. Suspira, se pasa los dedos por su cabello, lo recoge, al parecer usará peluca. Dicen que si el padre le corta la uña por primera vez a su crío; este será mejor que él. Je, je, ya hasta tengo listas las tijeras. Sonríe, saca de un cajón un antifaz, se lo coloca. Si todo salía bien, se acabaría para siempre las revolcadas con el director. Lo piensa, lo imagina, le daba asco el humor de ese cerdo, esa combinación fatal de nafta, colonia barata y axilas. No soportaba su aliento, la asfixia pegajosa de su abrazo, ya no pensaba seguir tolerando una aproximación más de ese rechoncho cuerpo. Le repugna sobre todo acomodarse debajo de él, con esa cosita que tenía y que maniobraba torpemente por abajo. Cetáceo asqueroso, su barriga era lo único que sentía... Suspira, ya no debía